

David Cortés Cabán

LA OVEJA PERDIDA

¿Qué es lo que ves allá fuera?
pregunta mi yo sin someterse a la realidad.
Solo un árbol, las hojas sobre la piedra liza,
los colores más frágiles.
He estado arrodillado pidiendo
que el color más brillante
me ilumine. Levanto mis manos
como Moisés frente al Mar Rojo
y caigo derrotado y otra vez me levanto.
No es lo que he pensado, pero me levanto
y caigo cerca del hombre
que lleva la oveja perdida.
No puede verme, no oye mi voz.
Quiero tocar la oveja perdida.
Soy tan frágil que no veo el final.
No sé por qué persigo al hombre
de la oveja perdida.
No escucho su voz dentro de mí.
No ser el mismo, no mirar, no pensar.
Quiero acariciar a la oveja perdida
y el mundo gira con mi cuerpo.
Sigo cayendo, cayendo sin regresar,
sin hallar el comienzo ni el final.

ÁRBOLES

Árboles jubilosos, ríanse de mi vida. Absortos
tan lejanos, burlense de mi ausencia. Es natural
que no me reconozcan. En la aridez de la noche
escucho sus ramas. Sus hojas brillan y me llaman.
No hay posibilidad de llevarlos conmigo. La
ausencia es engañosa pero los amo. Árboles que
habitan mi silencio cuando desgarran sus ramas
desnudas en la noche. Yo los veo regresar bajo la
lluvia. Sus profundas raíces me atan a la tierra.
Los he oído hablar cuando cae la lluvia. Van
y vienen por las calles vacías. Sin ustedes mi
infancia viaja en el viento. Mi corazón tiembla
cuando se alejan. Estoy tratando de olvidarlos y
no puedo.

CÁNTICO INTERMINABLE

Me voy de estas montañas.
Regreso o estoy yéndome.
Siempre me voy y vuelvo como un duende.
Soy el cántico interminable
que viaja entre las costas.
Voy en tu equipaje y en tus viajes
para que veas que nunca te abandono,
cuando llegas sin saber que has partido,
cuando partes sin saber que has llegado
y la vida te lleva por ciudades
entre voces que cantan en el viento.
Me voy digo al destino que me aguarda
para que el mar y el sol no me detengan,
cuando miro los árboles a lo lejos.
Los oigo cuando cantan por tu ausencia
para hacerme buscar lo que he perdido.
Me voy digo a las piedras y al camino
compañeros de viajes y de pérdidas.
Me voy porque la nieve de otros pueblos
me llama siempre para que no la olvide,
cuando el amor traspasa como un rayo mi cuerpo.
Siempre estoy regresando, estoy partiendo
para hacerme creer que no he partido
como un eco detrás de mis pasos.

ESTO ES LO QUE SUCEDE

Estás recostado sin poder levantarte. Tus huesos no dan para más, tu corazón no da para más, tus venas no dan para más. Ves a los jóvenes en un carnaval de disfraces. Miras pasar las muchachas llevando cintas de colores. El tiempo huye de ti, el brillo te rehúye. La lluvia sobre el cristal de la ventana te recuerda que todo sigue en el mismo lugar. ¿Ha dejado de llover? Abres el álbum y la mujer que amas no está en el carnaval, no está en el baile de disfraces, no está en la habitación. Estás recostado esperando que empiece la música. Preguntas por la mujer vestida de rojo. “Levántate y búscala”, dice un comensal. “No es mucho pedir”, dice otro. Lo que han dicho no tiene sentido. No resisto quedarme, no resisto irme, no resisto regresar. Pregunto, ¿qué ha sucedido con la mujer vestidas de rojo? Sigo recostado en la cama. Ahora cruzo el puente de Brooklyn, cruzo el puente colgante de Zhangjiajie, cruzo el Mar Rojo. No puedo divisar los cuerpos.

LA DOLOROSA IMPERFECCIÓN

La obsesión
por la perfección
la imagen buscando
el sentido de las cosas
La insensatez frente a mí
como una montaña cubierta de nieve
Mi corazón temblando
como un pajarito perdido en la inmensidad
aferrándose a mi libertad
y errante en la dimensión
del misterioso acontecer
obsesionado con el leve silbido
en la cúspide del milagro
o en la derrota del encuentro
allí donde se desliza tu ser
ignorando la interminable realidad
buscando el ruiseñor de Keats
más allá del infinito acontecer
de la imperfección dolorosa y sin fin.



Ofelia, Jan Martínez 18" x 24" pastel